

Uwe Tellkamp describe en 'La Torre' la utopía de la difunta RDA

Un exilio interior y grotesco



MARC ARIAS

El escritor alemán, ayer en el Goethe Institute, donde presentó *La Torre*

NÚRIA ESCUR
Barcelona

“Dos veces al año, en Leipzig, se celebraba una feria. Brillábamos. Incluso se diseñaron unos abrigos con bolsillos para esconder los libros que después íbamos a robar. Al salir, agentes de la Stasi tenían la orden de requisarnos los libros sustraídos. Tirarlos. Pero, al final, acababan en los comedores de sus casas... Luego volvíamos, felices, a nuestras cuevas”. Esa es una de las muchas anécdotas que recordaba ayer Uwe Tellkamp, 43 años, en el Goethe Institut de Barcelona, para ilustrar la historia de la utopía alemana (“la RDA se construyó sobre la idea de que el hombre era bueno por naturaleza”) que describe en *La Torre*, que ahora publican Empúries y Anagrama.

“La RDA ya es un territorio de coleccionista. La mayor contradicción de lo que nos tocó vivir fue que, tras la caída del muro, seguía ahí, existiendo, la RDA, como un olograma”, explicó este autor, al que se ha comparado con Thomas Mann. Monumental novela, mosaico de los siete años que precedieron a la caída del muro de Berlín y el final de la RDA, *La Torre* se presenta como un volumen de difícil digestión. Tellkamp presentó la ambiciosa obra, retrato vertiginoso que en su día mereció el premio a la mejor novela en lengua alemana.

Los habitantes de *La Torre*, barrio residencial a orillas del Elba (“aunque a mí siempre me fascinó más el Danubio”, confiesa),

parecen vivir fuera del tiempo y la realidad. Encerrados en sus palacios decadentes, intentan escapar de la rigidez del sistema socialista a través de la pintura, la poesía o la música, mientras observan con resignación cómo se hunde la RDA. “Ocurrieron tantas cosas absurdas, situaciones grotescas, que creo que el único modo sobrevivir a ello es el humor”, explicó este autor mientras desgarnaba escenas sociosurrealistas como la de aquel amigo de sus padres que “se hizo millonario contra su propia voluntad”.

Sus anécdotas como médico –también lo fue su padre– fueron

“Los que venimos de regímenes socialistas nos hemos pasado años con hambre de abundancia”

tremebundas. “Para asistir un parto en un pueblo uno debía pedir a un vecino que le dejara un coche. Un médico no tenía teléfono. Yo operaba en un quirófano donde hacía tanto calor que, en verano, nos hacíamos traer hielo de la pescadería...”. Lidia con la escasez, concluyó el autor, era ejercicio diario, y a consecuencia de ello, “después, los que venimos de regímenes socialistas nos hemos pasado años con hambre de abundancia”.

Anne y Richard Hoffman viven en *La Torre* con sus dos hi-

jos, Christian y Richard, típicos representantes de la burguesía ilustrada alemana, el *Bildungsbürgertum*. Richard, amante de la música, es un cirujano obligado por la Stasi a espiar a sus colegas, Christian quiere estudiar medicina, pero para obtener una plaza de estudiante paga un precio al sistema que su espíritu libre no puede asumir y su tío, redactor en una editorial, trata con autores influyentes de la cultura socialista aunque se ve obligado a luchar a diario contra la censura.

La obra no sólo se suscribe en el género del *Wenderoman* (novela de la reunificación) sino que es también una novela sobre la RDA cuando ésta aún no tenía conciencia de que su final se acercaba. El contraste entre el régimen y la nostalgia burguesa desde los ojos de una familia formada por típicos representantes de esa burguesía ilustrada alemana a la que pertenece el propio autor del libro.

La Torre es, en buena parte, una descripción de ese exilio interior en el que, al lado del cultivo de la estética, se vive una tensión constante entre la adaptación a la situación política y el desprecio al régimen. Christian Hoffmann es, en muchos aspectos, una especie de alter ego de Tellkamp. “Crecí en un modelo dictatorial, como joven que debe decidir entre resistir o no resistir. Mis personajes no son héroes, son oportunistas que se adaptan”. Para poder estudiar medicina el propio Tellkamp tuvo que prolongar “voluntariamente” su servicio militar a tres años.●